

EL MAL EN LA QUIEBRA DE LA RAZÓN ILUSTRADA: TESTIMONIOS LITERARIOS



HUMANIDADES

LUIS MONTIEL



El triunfo de la muerte (detalle), Brueghel

Si, a la vista del título de esta breve reflexión, alguien me pidiera una definición de “mal”, todo lo más me atrevería a responder a tal demanda en los términos de Agustín de Hipona en relación con el tiempo: “si no me preguntáis lo que es, lo sé; si me lo preguntáis, no lo sé”. Me veo, pues, obligado a demandar un consenso sobre este saber no formulado, ni formulable, que sin ir más lejos convocó a algunos al ciclo de conferencias del



El triunfo de la muerte (detalle), Brueghel



Ateneo de La Laguna mediante un título en el que el mal tenía un papel destacado, presuponiendo en cierto modo ese acuerdo fundamental que ahora deseo refrendar. Lo que sigue es un decantado de cuanto expuse en la conferencia, de muy grato recuerdo, que en tal marco pronuncié.

Uno de los horizontes –tal vez no el único, pero quizá el más significativo– de la concepción del mal propia de la modernidad occidental es el constituido por los ideales de la Ilustración. Y, a mi parecer, precisamente en el dominio de los valores es donde la razón ilustrada comenzó a hacer aguas más temprano. Apenas se había formulado una cierta imagen del ser humano basada en los valores, unilateralmente tenidos por positivos, de la racionalidad, la bondad innata y otros análogos, la realidad por una parte, y las obras de algunos espíritus particularmente lúcidos por otra, echaban por tierra tan gratificante imagen. La frustración producida en el ánimo de muchos idealistas fue sentida como una de las expresiones del mal, pero también constituyó el punto de partida de una penosa recuperación de ciertos rasgos propios de lo humano que apresuradamente se habían motejado de negativos y, en consecuencia, se había pretendido eliminar con no menor premura. De este modo se inauguraba un trato con el mal al que, como poco, hay que atribuir un realismo muy superior al de esa otra actitud que, *in statu nascendi*, ya había sido satirizada por Voltaire en su *Candide*. Dada la necesaria limitación del espacio, así como mi admiración por los textos que citaré, me ceñiré a la sucinta presentación de los mismos, en tanto que testimonios que apenas precisan aclaración.



Comenzaré con un fragmento del *Matrimonio del cielo y el infierno*, de William Blake, redactado entre 1790 y 1792, es decir, contemporáneo de la entronización de la *Déese Raison* por los revolucionarios franceses:

Sin contrarios no hay progreso. Atracción y repulsión, razón y energía, amor y odio son necesarios para la existencia humana.

De estos contrarios nace lo que los religiosos llaman el bien y el mal. El bien es lo pasivo que obedece a la razón. El mal es lo activo que surge de la energía. El bien es el cielo. El mal es el infierno.

Revolucionario de otro modo, el inglés reivindica lo rechazado sin que eso suponga una mera subversión: no propone sustituir el “bien” por el “mal” sino, como dice de forma explícita, la unión de ambos: el matrimonio del cielo y el infierno. Y ello porque, como otros muchos, es lúcidamente crítico respecto de los presuntos beneficios aportados por la Ilustración. Uno de estos críticos, satírico por más señas —y, en consecuencia, voluntariamente desaforado— es el alemán E.T.A. Hoffmann quien, en 1818 escribe en *El pequeño Zaqueo, llamado Cinabrio* un hilarante diálogo entre un príncipe ilustrado, Paphnutius, y su ministro. Habiendo decidido aquél promulgar las Luces por decreto, su ministro le especifica:

Antes de llevar adelante la Ilustración, es decir, antes de talar los bosques, hacer navegables los ríos, hacer que broten patatas, mejorar las escuelas de los pueblos, plantar acacias y chopos, antes de hacer cantar a los niños sus oraciones de la mañana y de la noche a dos voces, antes de cuidar las carreteras y de inocular la vacuna, es indispensable expulsar del estado a todas esa gentes que profesan opiniones peligrosas, que no escuchan nunca la voz de la razón y seducen al pueblo con toda suerte de necedades (...): [las hadas], enemigas de la Ilustración [y] causantes de que el reino esté sumergido en el oscurantismo más completo. Se entregan a la peligrosa práctica de lo maravilloso y no temen expandir, bajo el nombre de poesía, un veneno sutil que vuelve a las personas absolutamente ineptas para servir a la causa de la Ilustración.

El ministro propone conservar algunas, pero adaptadas a labores útiles, por ejemplo, “hacer patucos de punto para los soldados”. ¡Prohibida la poesía en nombre del pragmatismo! Pero, ¿es verdaderamente pragmática la propuesta de estos Padres de la Patria? Pasadas dos décadas, en 1837, otro escritor alemán, revolucionario, prófugo de su patria y muerto en plena juventud, Georg Büchner, hará dolorosamente visible la inanidad de tal propuesta —las Luces por decreto— en la figura, tomada del natural, de su soldado Woyzeck, quien amistosamente censurado por su capitán, que le considera “una buena persona” aunque carente de virtud, por vivir amancebado, le responde:



¡Sí, mi capitán, la virtud! Yo aún no sé lo que es eso. Mire usted, la gente común como yo no tiene virtud, a uno le viene la naturaleza así, sin más; pero si yo fuese un caballero y tuviera sombrero y reloj y una levita inglesa y hablara como los señoritos, sí que me gustaría entonces ser virtuoso. Tiene que ser bien lindo eso de la virtud, mi capitán. Pero yo soy un hombre pobre.

Las hadas de Hoffmann se han transformado en la naturaleza; la sátira ha dejado paso a la crítica frontal, al cuestionamiento de los fundamentos. No sin advertir al lector –en el supuesto de que sea necesario– que a lo largo de la segunda mitad del siglo menudean los testimonios sobre la crisis de la racionalidad ilustrada, saltamos hasta los años iniciales de la siguiente centuria. Aquí encontramos la que probablemente sea la más certera descripción de la enorme sorpresa –enorme y destructiva– sufrida por el hombre occidental al descubrir que la racionalidad y su obra más estimada, la civilización contemporánea, son una endeble superestructura continuamente amenazada por los embates de lo irracional. Me refiero a la novela de Joseph Conrad *El corazón de las tinieblas* (1902). En ella el narrador descubre, al final de un accidentado viaje remontando el río Congo, al hombre que busca, el director de una factoría de marfil: Kurtz. Como en su día le notificaron sus empleadores, se ha vuelto loco en contacto con la cultura autóctona; pero su locura consiste en el abandono de los valores de la civilización occidental para adoptar, torcidamente, desde luego, los locales –lo que los antropólogos y etnólogos denominan *being black*, “hacerse negro”–. Marlowe, el narrador, interpreta así la situación:

Cuando el alma se vio sola en el desierto volvió la mirada hacia el interior y por ello enloqueció verdaderamente (...) El territorio salvaje había tomado una venganza tremenda por la indeseada incursión de Kurtz. Creo que el desierto le había susurrado cosas sobre sí mismo de las cuales nada sabía, acerca de las cuales no tenía ni idea, hasta que se retiró para ser aconsejado por la gran soledad; y ese susurro se mostró como un estímulo irresistible. El cuchicheo había encontrado un profundo eco en Kurtz, porque él estaba hueco hasta la médula.

Pero la conclusión que Marlowe extrae de sus reflexiones no es en absoluto simplificadora, ni desde luego negativa:

Esa es la razón por la que afirmo que Kurtz era un hombre extraordinario. Tenía algo que decir. Lo decía. Desde que yo mismo hube mirado por encima del borde, comprendí mejor la significación de su mirada fija, que no podía ver la llama de la vela, pero era bastante vasta para abrazar el universo entero, bastante aguda para penetrar todos los corazones que latían en las tinieblas. Había resumido, había juzgado: “¡El horror!” (...) Había dado el último paso, había llegado más allá del borde, mientras que a mí me había permitido retirar mi pie vacilante. Y quizá en esto está toda la diferencia; quizá toda la sabiduría, y toda verdad, y toda sinceridad están precisamente condensadas en ese inapreciable momento de tiempo en el que atravesamos el umbral de lo invisible.



El triunfo de la muerte (detalle), Brueghel



Conrad acaba de hacer pronunciar a su personaje dos palabras que determinan un nuevo objetivo para la literatura del siglo veinte: lo invisible. Sin duda no es casualidad que en 1900 Freud haya publicado *La interpretación de los sueños*, dando con ello carta de naturaleza a la reflexión acerca de lo que no se ve y hasta entonces había sido negado, excepción hecha del gran paréntesis romántico: el inconsciente. Lo irracional comienza a ser reconocido, y su fuerza se revela tan grande como para dar razón de transformaciones, a menudo destructivas, como la experimentada por Kurtz. Pero al mismo tiempo se asume la tarea de domesticar, en la medida de lo posible, a este nuevo huésped del zoológico de la mente. Uno de los intentos más extraordinarios de cumplir este doble objetivo es la novela de Gustav Meyrink *El Golem* (1915). En ella un personaje secundario pronuncia estas frases:



Una vez estuve mirando en una plaza, en la que no había nadie y sin que se notara el viento, puesto que me hallaba a cubierto tras una casa, cómo unos grandes trozos de papel corrían girando como locos y se perseguían unos a otros, como si se hubiesen jurado la muerte (...) Entonces creció en mí una oscura sospecha: ¿Qué pasaría si, a fin de cuentas, los seres vivos fueran algo semejante a esos trozos de papel? ¿No es posible que haya un “viento” incomprensible e invisible que nos lleve de un lado para otro y determine nuestras acciones, mientras que nosotros, en nuestra simpleza, creemos vivir bajo nuestra propia y libre voluntad?

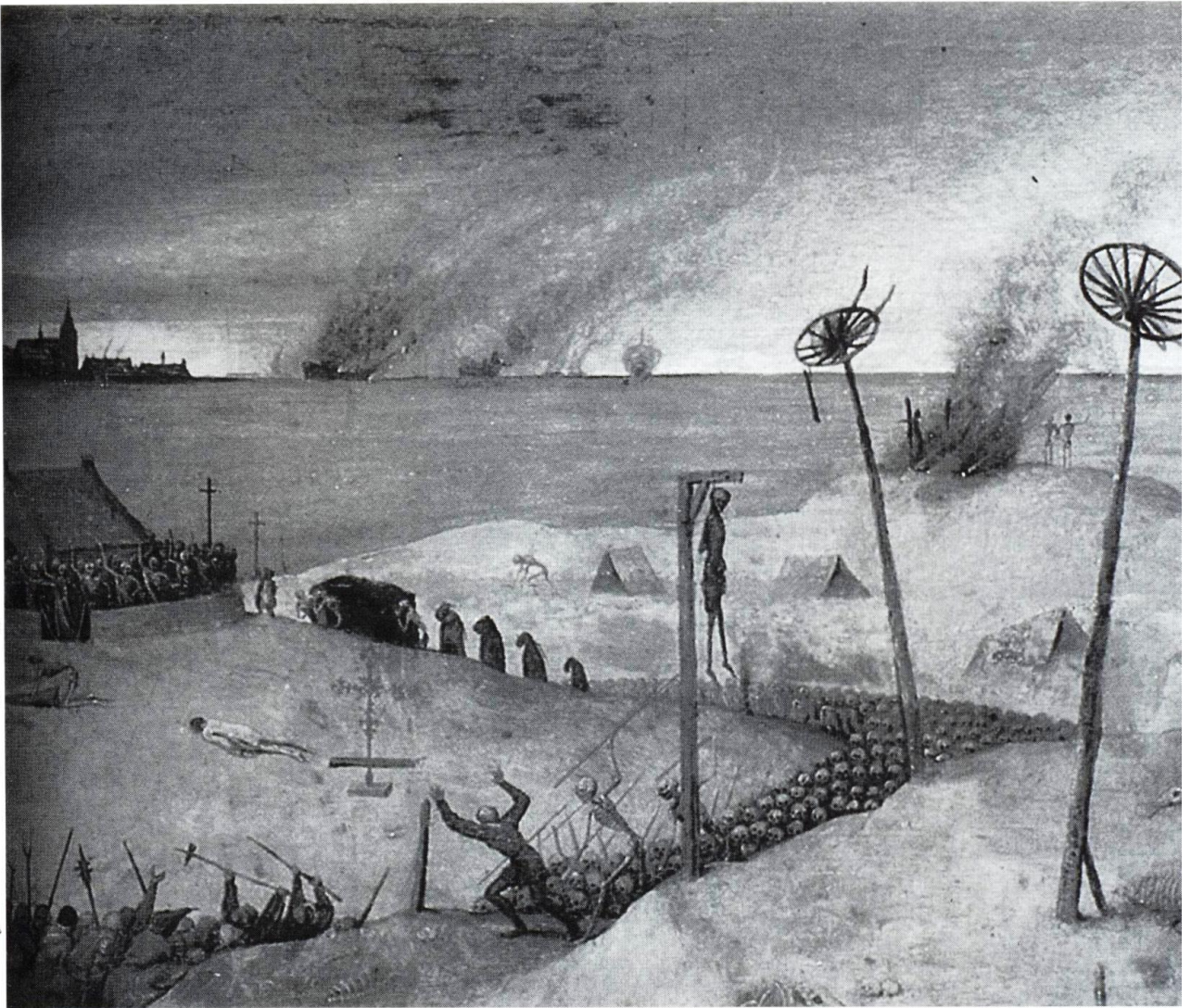
A mi entender no puede decirse con mayor claridad. Pero este reconocimiento de que la razón no es, ni puede ser, señora absoluta, no implica la timorata renuncia a ejercerla, ni el abandono autodestructivo a ese “viento” que puede arrastrarnos como a viejos papeles. Al contrario, el “descubrimiento” del inconsciente plantea una tarea nueva, no exenta de peligros, pero grávida de promesas, como hace saber al protagonista uno de sus consejeros:

Se puede llegar a oscuros caminos de los que nunca se ha vuelto (...) Usted me dirá que otros se encontraron a sí mismos (...) se miraron a sí mismos a los ojos y no se volvieron locos. Pero en esos casos sólo se trataba de un reflejo de la propia conciencia y no del verdadero doble: no era eso que se llama el hálito de los huesos, el *Habal Garim*, del que se ha dicho: “tal y como fue a la tumba incorrupto, así resucitará el día del juicio final” (...) Nuestras abuelas decían de él: “vive muy alto sobre la tierra en una habitación sin puertas, con una sola ventana, desde la que es imposible comunicarse con los hombres. ¡El que sepa dominarlo y perfeccionarlo será un buen amigo de sí mismo!”.

Ahora bien: en el supuesto de que aceptemos –reconociendo que seguramente no podemos elegir– esa peligrosa amistad, ¿podrán las cosas seguir siendo como antes? Cabe pensar que no. El mismo Meyrink, desarrollando su pensamiento –su pesquisa en el interior de sí mismo– en otras novelas, descubrirá que esta nueva actitud implica un nuevo trato con el mal; una relación que, en las nuevas circunstancias, ya no es sencilla, ni puede contemplarse en blanco y negro, en la que cabe, o más bien se exige, la paradoja. Véase lo que dejó escrito al respecto en *El dominico blanco* (1921), poniéndolo en boca del personaje protagonista, un expósito que responde al apodo de Taubenschlag:

Estaba en la iglesia esperando a que me llamaran, cuando una mano hizo una señal y, al acercarme al confesonario, un monje blanco que se hallaba dentro me preguntó tres veces cómo me llamaba. La primera vez no lo supe,





la segunda lo sabía, pero lo olvidé antes de poder pronunciarlo, y la tercera un sudor frío me humedeció la frente, la lengua se me inmovilizó, no podía hablar, pero alguien gritó en mi pecho: “Christopher”. El monje blanco debió de oírlo, porque escribió el nombre en un libro, lo señaló y dijo: “Con esto has quedado inscrito en el libro de la vida”. Entonces me bendijo y añadió: “te perdono todos tus pecados, los pasados y los futuros”.

¡También los futuros! Para que esto sea admisible hay que suponer que, a partir de este momento, nada de lo que se haga será pecado. ¿Qué ha ocurrido en el curso de este evento mágico –o tal vez sólo onírico– para que “el dominico blanco” tome tan sorprendente decisión? En síntesis, que el protagonista, desde su interior, sin decisión racional alguna, ha decidido que su nombre –es decir, lo que quiere ser– sea *Cristóforo*, portador de Cristo; y si su inconsciente quiere hacer de él un portador de “Cristo” –lo que,



en el contexto de la obra, debe tomarse alegóricamente— está declarando su voluntad de obrar bien; así, incluso sus aparentes errores terminarán cargándose de sentido al final del relato.

Pero tan ingenua como la negación de la fuerza del inconsciente sería la idea de que es fácil manejarlo en provecho propio. Un personaje de la novela de Ernesto Sábato *Sobre héroes y tumbas* (1961), Fernando Vidal Olmos, lo explica con meridiana claridad en el fragmento más tenebroso de la obra, su “Informe sobre ciegos”:

Siempre pensé que no se puede luchar durante años contra un poderoso enemigo sin terminar por parecerse a él; ya que si el enemigo inventa la ametralladora, tarde o temprano, si no queremos desaparecer, también hay que inventarla y utilizarla y lo que vale para un hecho burdo y físico como un arma de guerra, vale, y con más profundos y sutiles motivos, para las armas psicológicas y espirituales (...) Soy un investigador del Mal ¿y cómo podría investigarse el Mal sin hundirse hasta el cuello en la basura? (...) Así fui advirtiendo detrás de las apariencias el mundo abominable. Y así fui preparando mis sentidos, exacerbándolos por la pasión y la ansiedad, por la espera y el temor, para ver finalmente las grandes fuerzas de las tinieblas como los místicos alcanzan a ver al dios de la luz y de la bondad. Y yo, místico de la Basura y del Infierno, puedo y debo decir: ¡CREED EN MÍ!

En su alucinado —y alucinante— viaje por las cloacas de Buenos Aires, versión antiheroica del de Dante por los Infiernos, Vidal se ofrece, y nos ofrece, una visión del contraste entre lo superficial y lo profundo, entre lo visible y lo invisible, entre lo aceptado y lo reprimido. En suma, nos muestra una verdad, nuestra verdad, de la que, hasta el presente, no hemos querido reconocer más que la mitad gratificante:

Imaginaba allá arriba (...) a mujeres hermosas y delicadísimas, a gerentes de banco correctos y ponderados, a maestros de escuela diciendo que no se deben escribir malas palabras sobre las paredes. (...) Mientras por ahí abajo, en obscuro y pestilente tumulto, corrían mezclados las menstruaciones de aquellas amadas románticas, los excrementos de las vaporosas jóvenes vestidas de gasa (...) los destrozados fetos de miles de abortos (...) Y todo marchaba hacia la Nada del océano mediante conductos subterráneos y secretos, como si Aquellos de Arriba se quisiesen olvidar, como si intentaran hacerse los desentendidos sobre esta parte de su verdad. Y como si héroes al revés, como yo, estuvieran destinados al trabajo infernal y maldito de dar cuenta de esa realidad (...) Si, de pronto me sentí una especie de héroe, de héroe al revés, héroe negro y repugnante, pero héroe. Una especie de Sigfrido de las tinieblas, avanzando en la oscuridad y la fetidez con mi negro pabellón restallante, agitado por los huracanes infernales.



Como cabía pensar, el trabajo dista de estar acabado. Es más que probable que no tenga fin. A diferencia de lo que ingenuamente se quiso creer *in illo tempore* —en la segunda mitad del siglo dieciocho— tal vez tengamos que acostumbrarnos a la idea de que, en el dominio de lo humano, los asuntos verdaderamente importantes no terminan de resolverse nunca y que, como en la vida biológica, también en las facetas psicológica y moral no hay quietud, sino devenir, hasta que eso que llamamos vida concluya. Cierto es que esta idea no facilita la elaboración de una *philosophia perennis*. Pero, en la práctica, creo que aporta una mayor lucidez en el trato con el mal. El último de los testimonios literarios que traeré a colación es el de un ogro: el personaje protagonista de *El Rey de los Alisos* (1970) de Michel Tournier; alguien que, como el Taubenschlag de Meyrink, asume como destino el del gigante Cristóforo para, después de actuar como héroe tenebroso al modo del Fernando Vidal de Sábato —secuestrando niños en los últimos días de la Segunda Guerra Mundial para alimentar las Napolas (escuelas político-militares) de las SS— rescatarse a través de la muerte voluntaria en el afán por salvar la vida de un niño judío superviviente de los campos de exterminio. Sólo un personaje así puede enunciar verdades sobre el bien y el mal intolerables para la sociedad de los buenos, del tenor de las que paso a citar:

Una de las inversiones malignas más clásicas y más mortíferas ha dado nacimiento a la idea de pureza.

La pureza es la inversión maligna de la inocencia. La inocencia es amor del ser, aceptación sonriente de los alimentos celestes y terrenales, ignorancia de la alternativa infernal pureza—impureza. De esta santidad espontánea y como nativa, Satán ha hecho un remedo que se le parece y que es todo lo contrario: la pureza. La pureza es horror por la vida, odio al hombre, pasión mórbida por la nada. Un cuerpo químicamente puro ha sufrido un tratamiento bárbaro para llegar a ese estado absolutamente contranatural. El hombre cabalgado por el demonio de la pureza siembra la ruina y la muerte a su alrededor. Purificación religiosa, depuración política, salvaguarda de la pureza de la raza, muchas son las variaciones sobre este tema atroz, pero todas desembocan con monotonía en crímenes sin número cuyo instrumento privilegiado es el fuego, símbolo de la pureza y símbolo del infierno.

Su dominación [la de Satán] sobre las ciudades se manifiesta, entre otros signos, por las innumerables avenidas, calles y plazas consagradas a militares de carrera, es decir asesinos profesionales, desde luego muertos todos en sus camas, porque no hay nada satánico sin un toque grotesco que es como la rúbrica del Príncipe de las Tinieblas (...) La guerra, mal absoluto, es fatalmente el objeto de un culto satánico. Es la misa negra celebrada a la luz del día por Mammón, y los ídolos embadurnados de sangre ante los cuales se obliga a





El triunfo de la muerte (detalle), Bruegel

arrodillarse a las masas engañadas se llaman: Patria, Sacrificio, Heroísmo, Honor.

Se ha señalado reiteradamente que Auschwitz marcaba, o al menos debería marcar un punto de inflexión en el pensamiento occidental. De los autores citados, los dos últimos han escrito después de Auschwitz. Han recogido el mensaje de quienes no se dejaron hechizar por “músicas celestiales”, como dice el pueblo llano, o por el “canto de los pájaros metafísicos”, como dijo Nietzsche, que nos susurran al oído: “¡tú eres más!; ¡tú eres superior!; ¡tú tienes otro origen!”. Han inaugurado un nuevo trato con el mal en el que algunos ciframos la única esperanza respecto de la preservación de esa entidad delicadísima que llamamos “bien”.

